

Jardines abiertos con

Eloy Sánchez Rosillo

Lo ves, alto y barbado, desde lejos; son las 12'30 del claro día, cuando los mortales necesitamos el tercer café o el primer jumilla.

Su figura despierta el comentario. Quizá regrese de fatigar la estancia de las musas; quizá, en la primera hora del alba, un dios le haya susurrado un nombre nuevo.

Escribe lento. Tres libros: «Maneras de estar solo», «Páginas de un diario» y «Elegías». Una centena de poemas en diez años. Camino ya de las esencias, de los nombres solos. Palabras cotidianas, sin ser necias; los amigos, el «tempus fugit», el paisaje urbano, qué sea la escritura. Las calles que comparti-

mos con él empiezan a ser signos: ésta es la plaza, aquél el árbol, aquélla la ventana.

Su timidez es tamaño como su poesía. Admira aún, a quienes usamos de sus charlas, su forma especial de ser discreto. Mira a todos lados, escoge la postura para la confidencia, y cuando esperas un hilo de voz, el oído te estalla ante una cantidad de decibelios similar a la metáfora judía de Jericó.

Un libro sobre Cernuda, donde se anuncia un certamen inaudito, una lectura extraordinaria, se añeja en el hondón de la memoria.

Le dejo ahora la voz, pues suya es la palabra.

En tus libros se lee, desperdigada, una teoría de tu pausada forma de escribir, del silencio de los dioses. ¿Es la morosidad propia del poeta o del ser que vive? ¿Rompe la palabra la perfección del ser?

No. En mis libros no hay, que yo sepa, ninguna teoría. No le corresponde al poeta teorizar, sino, sencillamente, decir, cantar. Es cierto, sin embargo, que escribo poco y despacio y que son frecuentes en mí los períodos —desesperantemente dilatados, a veces— de inactividad poética. Yo soy así. La poesía no es para mí una oficina a la que tenga obligación de acudir a diario, de tal hora a tal hora. Creo en la inspiración, y sólo escribo cuando siento una absoluta necesidad de hacerlo, cuando considero que tengo algo que decir. También es verdad que soy muy perezoso y que carezco de disciplina. Prefiero, de todas formas, pecar a este respecto más por defecto que por exceso. Desconfío de los poetas —tan frecuentes entre nosotros— que escriben mucho. Son como insaciables buscadores de oro. Hay en ellos una manera de avaricia. La suerte no suele acompañarles. La cantidad, en poesía, como en todo, va en detrimento de la calidad, de la intensidad.

La distinción que haces en tu pregunta entre el poeta y el ser que vive no es, tal vez, muy adecuada. ¿Qué diferencia puede haber entre uno y otro? O son uno y lo mismo o no son nada. El poeta, si es de verdad poeta, y no un simple versificador, ha de ser

hombre y poeta a la vez y durante las veinticuatro horas del día, aunque sólo escriba muy de tarde en tarde. La poesía no es un entretenimiento, un juego. No admite que quien la ejerce se la quite de encima o se la ponga con arreglo a su conveniencia o a su capricho, como si de una prenda de vestir se tratara.

La palabra, por supuesto —y con esto termino de responderte—, no rompe la perfección del ser, sino que, precisamente, le otorga al hombre su condición de ser. El hombre es hombre por la palabra.

¿Qué te impulsa a escribir?

Cuando era un muchacho, me preguntaba en ocasiones que por qué escribía yo. Hace mucho tiempo que dejé de hacerme esa pregunta. No conduce a nada. Simplemente, escribo. A veces, tomo papel y pluma y escribo.

¿Es aún el poema una forma privilegiada de conocer y de vivir?

Hay cosas que no cambian. Todo lo que atañe a la esencia del hombre y de las cosas es prácticamente inmutable. La poesía (y las otras artes, que son, en el fondo, equivalentes) sigue y seguirá siendo, por ese motivo, una de las posibilidades que al hombre se le ofrecen para acercarse a la realidad e interpretar el mundo. El conocimiento que la poesía proporciona es, en el dominio de lo humano, el más completo, el más alto y profundo que nos es dado obtener. El conocimiento científico es más superficial: la ciencia dice cómo *funciona* el mundo, habla de causas y

efectos. En el fondo, la ciencia descubre obviedades. Las artes, sin embargo, con otros métodos, llegan más lejos: se preguntan por la ultimidad de las cosas, por su esencia, y nos revelan de golpe, por iluminación, la verdad y el misterio de lo creado.

La poesía es también una forma de vivir. No diría yo que convencionalmente privilegiada, porque en la vida del poeta auténtico (y en la del auténtico lector de poesía, que, para lo que ahora nos interesa, viene a ser lo mismo) hay tal vez más sufrimiento que en la de las personas dedicadas a menesteres menos absolutos. El privilegio del poeta es la libertad, la libertad que da el conocimiento. El verdadero conocer es en muchas ocasiones doloroso, pero quien lo posee disfruta de un bien incomparable: el de no hallarse encadenado de por vida a todo lo que llena de falso y superficial acontecer la existencia del común de los hombres.

¿Intentas, cuando lees unos versos que te placen, reconstruir el proceso que llevó a esas palabras a ser un poema?

Generalmente, no. Es un trabajo inútil. Me conformo con participar de su hermosura, con hacerla mía. Yo sé perfectamente, por *oficio*, cómo se hace un poema, de qué manera están hechos los poemas que me gustan. El proceso, hasta llegar a cierto punto, es relativamente sencillo. Pero, llegados a ese punto, ya no hay explicaciones que valgan, porque se produce, de repente, un salto en el vacío y, tras el salto, uno se pierde a la vez que se encuentra. Nadie puede decir, ni siquiera el poeta que lo vivió, cómo se hizo el milagro. Hay un hombre sentado ante una mesa. Tiene una pluma en la mano y lentamente va escribiendo palabras en un papel. Quiere hacer un poema. Pero la cosa no funciona. Todo parece indicar que de allí no va a salir nada. El hombre al que me refiero prueba de esta forma y de la otra, hace mil tentativas. Pero no, aquello no funciona. A lo sumo, conseguirá escribir un poema aceptable, no un buen poema. Está ya a punto de cejar en su empeño. Tal vez otro día. Y, de pronto, se produce un chispazo y todo empieza a encajar. Todo coincide. El papel y el cuarto en el que el hombre escribe y su casa entera y el mundo se iluminan, se llenan de una súbita luz maravillosa, de una «luz no usada». El poeta, dichoso como un niño, es el primero en sorprenderse de lo que allí ha sucedido, el primero en emocionarse, el primero en no explicarse nada.

Tus libros pueden ser considerados tratados íntimos, físicos o espirituales, de ciertas «geografías». ¿Existen lugares privilegiados en los que el numen sopla?

El que en mi poesía se refleje el lugar del mundo en el que me ha tocado nacer y vivir me parece muy natural. Cuando escribo versos, lo que hago siempre, en realidad, es ir escribiendo mi autobiografía. Todos mis poemas son autobiográficos: en ellos hablo de las cosas que me sucedieron o me suceden

(también, a veces, de las que querría que me hubiesen sucedido o de las que quisiera que me sucedieran). Pero las cosas, además de ocurrir en un tiempo, acaecen en un espacio, y, lógicamente, ese espacio se muestra asimismo en mis versos. El mundo mediterráneo, con su riquísima y viva tradición cultural y con su cotidianidad esplendorosa, es el que yo respiro y amo. He de decir, sin embargo, que nunca he hecho bandera de mi mediterraneidad. No soy un poeta regionalista. Vivo y escribo aquí, y de semejante circunstancia se tiñe mi obra. Pero nada más.

Respecto a lo que me preguntas acerca de si existen lugares más propicios que otros para la poesía, no sé bien qué contestarte. En principio, parece que en cualquier lugar de la tierra podría nacer un gran poeta. La historia demuestra, sin embargo, que a este respecto hay países más afortunados que otros. España, por ejemplo, es tierra de poetas y de pintores, como es sabido. Hay países que nunca han dado un poeta verdaderamente universal. Tampoco nosotros hemos tenido grandes músicos ni grandes filósofos. En fin, parece que no es posible tenerlo todo.

¿Es el mismo el lugar y el momento de la inspiración y el de la escritura?

No. Por lo general, no. Decía Wordsworth que la poesía es «una emoción recordada en tranquilidad». Estoy de acuerdo casi por completo con esa definición. La distancia en el tiempo entre el *suceso* de nuestra vida destinado a inspirarnos un poema y la redacción de tal poema puede ser más o menos grande, pero casi siempre existe separación temporal entre el hecho y la palabra que lo rescata del olvido. A veces escribimos poemas sobre sucesos remotísimos —sobre cosas que ocurrieron en nuestra infancia, pongo por caso—; en otras ocasiones, los versos se refieren a hechos de ayer o de antes de ayer. Pero a nadie se le ocurre, a no ser que se trate de un demente (personaje, por otra parte, harto frecuente en el gremio de los poetas), estar viviendo algo con una mano y estar escribiendo al mismo tiempo sobre ese acontecer con la otra. En mi poesía, como saben quienes la han leído, son muy frecuentes los poemas basados en recuerdos. Existe asimismo, sin embargo, otra posibilidad en poesía: hay poemas en los que lo vivido y su referencia escrita se producen simultáneamente. Son, por lo general, poemas que tratan de cosas que nos ocurren en soledad, de hechos que no nos implican en una relación activa con nuestros semejantes ni con lo que nos rodea. Esta tarde estoy solo en mi casa. Puedo escribir un poema sobre lo que ahora mismo estoy pensando en esta habitación. También se da con cierta frecuencia en mi obra este tipo de poema.

¿Debes hallarte, para escribir, vestido de cierta forma, oyendo cierta música? ¿Escribes siempre en el mismo lugar, bajo el mismo flexo, a la hora misma?

Las *manías* de los escritores son, a menudo, pre-

textos para no escribir. Una obra de creación, por breve que sea, supone un esfuerzo muy considerable. Y, como diría Pavese, «*lavorare stanca*». Uno se busca cualquier excusa para no empezar a trabajar (los objetos de la estancia en la que nos encontramos han de estar colocados de determinada manera, el papel ha de ser de tal calidad, la luz debe venir por este lado). Pero también es cierto que cuando, por fin, después de mil dilaciones, uno consigue meterse en faena, se olvida de golpe de todas sus manías, porque el trabajo resulta entonces gozoso y lo que en esos momentos está sucediendo en el papel nos compensa con creces del esfuerzo que realizamos.

Casi siempre escribo en la habitación de mi casa en la que tengo mis libros y mis cosas. Esto no quiere decir, claro está, que los poemas no puedan ocurrírseme en otro lugar. De hecho, así me sucede con frecuencia. Algunos maduran lentamente y, mientras cuajan, me acompañan a todas partes. Pero a la hora de escribirlos suelo refugiarme en mi cuarto. El hombre es un animal de costumbres. El trabajar en un lugar habitual tiene la ventaja de que uno consigue concentrarse antes y más profundamente que en cualquier otro sitio. Los objetos que me rodean en la estancia a que me refiero, por habituales y consabidos, no solicitan mi atención ni me distraen. En realidad, es como si en esta habitación, tan llena de cosas, no hubiera absolutamente nada.

Para escribir necesito soledad, sosiego y silencio. La presencia de cualquier persona me impide trabajar: cuando hay alguien conmigo, inmediatamente me pongo a charlar y dejo la labor para otro momento. Si alguna grave preocupación me obsesiona tampoco puedo hacer nada, pues la inquietud me ocupa por entero y me aleja de la palabra. Debo al influjo de la música muchos de los poemas que he escrito, pero no puedo escribir con la compañía de la música. La música, más que ninguna otra cosa, me predispone a escribir: me proporciona el *clima* propicio y me conduce hasta el umbral de la escritura. Cuando empiezo a escribir, sin embargo, tengo que apagarla. No puedo, a la vez, escuchar música y escucharme a mí mismo.

Carezco, para escribir, de horarios fijos. Ya he dicho antes que no me gustan las oficinas y que no soy, ni muchos menos, un hombre disciplinado.

¿Lees a horas ciertas? ¿Hay alguna conjunción astral, anímica y física que te obligue ahora a leer a Stendhal, ahora a Cernuda, ahora la «Antología Palatina»? ¿Qué libros transitas en la alta noche? ¿Es posible sumar a algún contemporáneo a la lista de los clásicos?

Tampoco me he marcado nunca horas fijas para la lectura. Leo cuando puedo y, sobre todo, cuando me apetece. Antes leía mucho más. Ahora, fundamentalmente, releo. Ya no padezco la locura juvenil de querer leerlo todo. He sido un gran lector. Al recor-

dar mi infancia, mi adolescencia y mi juventud, me veo siempre con un libro en las manos. Pasaba los días y las noches leyendo. Sobre todo, las noches. Era yo muy noctámbulo en mis tiempos. Actualmente, como te digo, leo menos. A cierta edad, uno se da cuenta de que en la vida, además de los libros, hay otras muchas cosas. No suelo ahora *transitar* libros en la alta noche con la asiduidad de otros tiempos; a esas horas, más bien, transito mi cama, porque me levanto por la mañana más pronto que antaño. En los últimos años he ido descubriendo la hermosura de las mañanas.

Supongo que serán muy variadas las causas por las que en un determinado momento decidimos leer un libro y no otro. Nunca me paro a descubrirlas ni a analizarlas; tomo el libro que me apetece y me pongo a leer, sin más complicaciones.

No distingo entre escritores clásicos y contemporáneos. Todos los que de verdad me interesan son, para mí, contemporáneos. Viven conmigo en mi presente y me acompañan. Dialogan entre sí; dialogamos. En ocasiones, discutimos.

¿Cómo se convierten en poema la ansiedad de lo cotidiano, la palabra de un amigo, el esplendor de un amanecer, una mirada callejera? ¿Cómo llegas a saber que el poema ha alcanzado su forma última?

Ya te he dicho antes que la alquimia de la poesía es inexplicable. Sinceramente, no sé cómo se produce la transmutación por la que me preguntas. Si tuviera una fórmula se acabarían mis problemas y me escribiría de un tirón *Las mil mejores poesías de la lengua castellana*.

Sé que un poema está terminado cuando deja de preocuparme, cuando, por fin, me encuentro en paz con él. Mientras hay algo en el poema que no funciona, ese algo tira de mí, me desasosiega, me hace polvo la vida. Pero, después de la batalla, llega un momento en que el poema se me enfría. Entonces nos alejamos mutuamente. Al cabo de algún tiempo, vuelvo sobre él. Tras su publicación, nos decimos adiós para siempre.

Tú eres profesor de literatura. Cuando comentas a los poetas, ¿piensas que en otra aula pueden ser tus libros los textos comentados? ¿Debe leerse a Quevedo como asignatura los lunes, miércoles y viernes de 9'30 a 10'30? ¿No sería mejor comentar a los mediocres y dejar a los verdaderos poetas para ser leídos en silencio?

Quienes me conocen saben bien que no soy un profesor vocacional. De algo hay que vivir, y yo me gano la vida en la Facultad de Letras. Hasta ahora, bastante cómodamente, esa es la verdad; no puedo quejarme. Prefiriría, no obstante, disfrutar de unas rentas saneadas que me permitieran ser dueño y señor de mí mismo y de todo mi tiempo. Doy clases de poesía, lo cual me coloca en una situación bastante lamentable, porque no creo que la poesía puede enseñarse ni aprenderse. Es posible hablar de los

alrededores de la poesía, pero nada puede decirse —insisto— de su centro secreto y misterioso. El que mis propios poemas fueran objeto de comentario en otras aulas no me haría, como es natural, variar de opinión. A pesar de mi escepticismo en materia de enseñanza de la poesía, opino que no es a los poetas mediocres a los que habría que comentar en clase. ¿Para qué? La tarea sería aún más tonta, inútil y aburrida de lo que suele ser.

Tus poemas están siempre fechados minuciosamente. ¿Constituyen las fechas una biografía de la inspiración?

Sí. Tu observación es muy exacta. Yo diría, incluso, más: en la cronología de los poemas que doy siempre al final de mis libros no sólo hay una «biografía de la inspiración»; en esas fechas está una buena parte de mi propia vida, de mi autobiografía. Ya dije antes que todos mis poemas son autobiográficos (incluso, de algún modo, los que a primera vista no lo parecen). No creo que resulte ocioso, por tanto —para interesados posibles—, conocer el momento preciso de mi vida en el que fueron escritos.

En «Elegías, tu último libro, han desaparecido casi los adjetivos. ¿Sólo los nombres son imprescindibles? ¿No temes llegar a ser Hesiodo?

Tu apreciación acerca del uso del adjetivo en *Elegías* tal vez no se ajusta del todo a la realidad de ese libro. En mi poesía, como tú bien sugieres, ha ido produciéndose de manera natural una lenta esencialización del lenguaje, pero no creo que los adjetivos hayan desaparecido casi por completo de mis versos. Es cierto, eso sí, que trato de valerme de ellos con moderación. De todas formas, estoy seguro de que en más de una ocasión se me habrá ido la mano a

este respecto. No sólo los nombres son imprescindibles. Todo lo que forma parte de la lengua puede cumplir, en determinado momento, una función precisa y hacerse, como consecuencia, necesario e insustituible. El escritor no tiene por qué prescindir de nada, pero ha de valerse de todo con oportunidad y equilibrio.

Es bastante improbable —por desgracia para mí— que yo llegue a ser Hesiodo. Aunque, puestos a disparatar, he de decirte que me gustaría mucho más llegar a ser Homero, que es, en mi opinión, el más alto poeta que vieron los siglos. Lamentablemente, uno no es lo que quisiera ser, sino lo que es.

Hölderlin y Juan Ramón Jiménez llegaron a la «ousia» desde la locura. ¿No le temes a la enfermedad divina?

No es muy posible llegar a ser Homero, como te digo, pero es, por el contrario, facilísimo llegar a parecerse a Hölderlin y a Juan Ramón Jiménez en el aspecto concreto de sus respectivas biografías al que te refieres. La locura —a partir de cierta edad, sobre todo— puede instalarse en un santiamén en la cabeza de cualquiera. No debemos descuidarnos. Hay que vigilarse.

¿Usas alguna treta —el vino, el sexo, los amigos— para detener la obsesión del nombrar y dar el ser?

No. Cada cosa en su momento, y por ella misma. Hay tiempo para todo. No padezco la obsesión constante de la escritura. Ya te he dicho que sólo escribo de tarde en tarde. Para no escribir no he de valerme de ninguna argucia. Mi proverbial pereza y mi —hasta la fecha— sano juicio se encargan de evitarme la insensatez de estar escribiendo a todas horas.

*José Perona hizo las preguntas.
La amistad, la cultura y las cervezas provocaron
las respuestas.*